



ORACION FUNEBRE

DE LAS VÍCTIMAS

DEL DOS DE MAYO

DE 1808,

PRONUNCIADA EN LA REAL CAPILLA

~~DE SAN COSME~~

*en el solemne Aniversario del mismo día, celebrado
por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional
de esta R. E. P. en el presente año de 1840.*

por el Presbítero

DON JOSÉ PEREZ,

y dedicada al mismo Excmo. Ayuntamiento.



MADRID: 1840.

Imprenta de D. JOSÉ PALACIOS, calle de Luzon.

615733956

ORACION FUNERARIA

DE LAS VIRTUDES

DEL REY DE ESPAÑA

DE 1808

PRONUNCIADA EN LA REAL CAPILLA

DE LA CATEDRAL DE MADRID

EL DIA VEINTE Y CINCO DE ABRIL DE 1808

Por el Excmo. Ayuntamiento Constitucional

de esta Ciudad, D. D. D. D. D.

por el Excmo.

DON JOSE PEREZ

Impreso en esta Ciudad en el Ayuntamiento



MADRID: 1808.

Imprenta de D. José Palacios, calle de Linceos.



*Melius est nos mori in bello, quam videre mala
gentis nostræ et Sanctorum.*

MACCHAB. LIB. I. CAP. 3.

Mas vale que muramos en la guerra, que ver
los males de nuestra Nacion y del Santuario.



Tan luego como Antioco invadió el Egipto con un formidable ejército y se hizo dueño de las ciudades mas fuertes, talándolo todo y entregando al saco y al cuchillo la tierra conquistada, volvió sus armas victoriosas contra el pacífico pueblo de los hebreos. Entró en Jerusalem, profanó el Santuario, que era lo mas sagrado del templo, tomó el altar de oro, los vasos preciosos, los tesoros que habia ocultos, y todo se lo llevó á su tierra: hizo ademas horroroso estrago de hombres y habló con soberbia y altanería. Con este motivo hubo gran duelo en Israel: gimieron los príncipes y los ancianos; las doncellas y los jóvenes temblaron y enmudecieron. Al cabo de dos años envió de nuevo á Jerusalem al superintendente de los tributos, quien con palabras artificiosas de paz, que fueron creidas por sus habitantes, renovó la desolacion y la ruina; y aun tuvo la osadía de mandarles de parte de Antioco que abandonasen su culto y sus leyes, y que todo el pueblo abrazase la idolatria. Muchos de Israel consintieron en ello voluntariamente, porque tambien alli habia entonces, como hay ahora en todas las naciones, hombres depravados y

perversos, que sin espíritu alguno de religion, de patriotismo ni de fraternidad abandonaron la santa causa de su país, para coadyuvar á la extranjera dominacion, y le sirvieron de instrumento para imponer el ominoso yugo á sus propios hermanos, que mas reverentes ó menos procaces habian rehusado entregarse de lleno á la apostasia. Tarde ó temprano cedieron sin embargo estos débiles á las persuasiones, á las amenazas, á los castigos. Pero hubo tambien entre ellos algunos fuertes varones dotados de aquel temple de alma que caracteriza á los héroes, los cuales arrojando todo peligro, y resueltos á sacrificar su propia vida en venganza de los ultrajes recibidos y por conservar la independenciam y dignidad de su patria, se negaron abiertamente á obedecer los mandatos del usurpador. Matatias y sus cinco hijos fueron los héroes, que oponiéndose vigorosamente á las órdenes de Antioco, lograron despues de infinitos trabajos y sacrificios, incluso el de la propia vida, librar al pueblo judaico de la impia opresion del tirano de la Siria.

Al contemplar yo ahora este fúnebre aparato, al reflexionar los motivos que le ocasionan, motivos que excitando justamente la piedad religiosa de la España, dieron origen á la lúgubre fiesta nacional que hoy celebra en todas sus iglesias, no puedo menos de recordar la persecucion de Israel en el tiempo de Antioco, y ver reproducido el entusiasmo patriótico de los Macabeos en los generosos pechos de aquellos varones ilustres que tan resueltamente sacrificaron sus vidas al ídolo sagrado de la independenciam de su patria: siendo por tanto acreedores á la eterna gratitud nacional y á nuestros fieles, constantes y religiosos recuerdos.

El vicio y la inmoralidad son el cáncer de los estados, porque además de contribuir ellos mismos á la relajacion de los vínculos sociales y á la ruina de los imperios, enervan las fuerzas del entendimiento y del ánimo para poder conocer y resistir al astuto depredador, que aprovechándose del desórden de la casa y de la inercia de sus individuos, se apresta confiado á invadirla, y á satisfacer su codicia. Tal era por desgracia nuestra el estado de España hácia principios del presente siglo, al mismo tiempo que la fama publicaba en todos los ángulos de la tierra las insignes proezas, los brillantes triunfos y las vastas conquistas, con que se iba engrandeciendo el hombre singular, y atrevido genio, que nacido entre las rocas de una pequeña isla osó aspirar en su loco orgullo á la dominacion del continente europeo. Estremecieronse muchos tronos al estrepitoso ruido de sus armas, y á su impulso vacilaron las coronas de los Reyes, pasando algunas de las sienes que ceñian á ocupar otras sienes á voluntad del conquistador, quien no pocas veces sirviendo de instrumento al enojo del Señor, las rompió tambien el mismo sobre las cabezas de aquellos déspotas, que por su ferocidad é ineptitud ni merecian ceñirlas, ni mandar á seres dotados de inteligencia, escarmentando asi de un solo golpe á los tiranos y á los siervos; porque Dios castiga no menos al esclavo que sufre cobardemente las afrentosas cadenas, que al tirano que abusa del poder.

Sumisas las naciones débiles, y en guardia las poderosas y fuertes, recibian resignadas las primeras el yugo del vencedor, y se aprestaban en silencio las segundas á reunir y aumentar sus esfuerzos para resistirle. No era España de las de esta clase, aunque algun tiempo fuera la do-

minadora del mundo. Reducida al último extremo de decadencia por una desacertada y viciosa administracion de largos años, y mas débil todavia á la sazón por el desgobierno, despilfarro y vicios de su corte corrompida, ni tuvo ánimo para excitar el valor de sus hijos, y prevenir la ruina que le amenazaba, ni supieron los que la regian usar de otras armas que las de la humillacion y bajeza. ¡Tan cierto es que el que manda, aun mas que talentos debe poseer en grado eminente todas las virtudes capaces de escitar la veneracion y el respeto! El es el espejo en que el pueblo se mira, y su ejemplo siembra y propaga en la sociedad la semilla que debe producir frutos opimos ó funestos. Su vida debe ser toda de la patria, sus acciones todas del público. Lo que sería vituperable en otro cualquiera, en él es criminal y profano: su palabra debe ser inviolable, ejemplar su conducta, cumpliendo en un todo sus deberes como ciudadano, para que pueda desempeñar fielmente las obligaciones que contrae como hombre de estado.

Imprevisores los gobernantes de aquella desventurada época, y poco celosos del honor nacional, se creyeron seguros y quizá muy honrados aliándose al que ya se proclamaba Emperador de los franceses, Rey de Italia, Protector de la confederacion del Rin, sin contar otros muchos títulos con que sus secuaces le incensaban, como de domador del continente, árbitro de las naciones y Rey de los Reyes, atributos exclusivos de la divinidad, que solo la mas impía y torpe adulacion pudiera referir á un mortal miserable.

No desaprovechó este la feliz coyuntura de semejante alianza para desangrar á la triste España y hacer mas fá-

cil por este medio la imposicion en ella de su aborrecido yugo. Imitando la simulacion y arteria de los antiguos romanos, que para apoderarse de los reinos independientes empezaban por halagarles y declararles amigos y aliados de la República, y seguian despues extenuando artificiosamente sus fuerzas y aniquilando sus tesoros hasta que les privaban de todos los medios de resistencia; asi el ambicioso Napoleon procedió contra España, proponiéndola una alianza bastarda, á cuya sombra forjó las cadenas con que pretendia amarrarla al carro de sus triunfos. Tesoros y hombres para extender sus conquistas pidió el aliado, y soldados y dinero se le concedieron con profusion; y mientras la sangre y el oro español se derramaban vanamente en su obsequio por los remotos climas septentrionales, inundaban sus aguerridas huestes la Península, se posesionaban de las mejores plazas y fortalezas, y con el mentido pretexto de extender el decantado sistema continental, y de arrojar de los puertos lusitanos el poder de la gran Bretaña, preparaba la ejecucion de sus planes usurpadores, ayudándole á ello la misma division y abatimiento de nuestra Corte, que llegó (forzoso es decirlo, aunque con dolor y vergüenza) hasta el extremo humillante de implorar el favor del aventurero, para componer y arreglar sus domésticas disensiones. ¡Tan añejo y tan comun es en esta desgraciada España no saber hacer cosa alguna los gobernantes sin la intervencion y consejo de los extranjeros! ¡Ah! cubramos con un velo tanta debilidad, miseria tanta.

Llegó por fin el momento de llevar á cabo la proyectada y resuelta usurpacion, y es invadida y flanqueada la Capital por 25.000 hombres que se llaman amigos y alia-

dos, y que reciben el obsequio y hospedaje como aliados y como amigos. Hacese desear y se anuncia la venida á Madrid del árbitro de los imperios, que arreglará con su alta sabiduría los negocios de España; y con pretexto de salir á recibirle, se engaña á Fernando, Monarca ya por la abdicacion de su padre, y mas principalmente por el voto unánime de la Nacion; y haciéndole viajar de una en otra ciudad por el camino de Francia, se le introduce al fin en Bayona, á donde poco antes habia llegado su hermano Cárlos por los mismos pasos y con el propio engaño. Allí era el lugar señalado por el astuto Emperador para la farsa de las sucesivas abdicaciones; por eso no tardaron en seguir el mismo camino los Reyes Cárlos IV y Maria Luisa, y muy pronto se proyectó el viaje de los Infantes D. Francisco y D. Antonio, señalándose para el del primero el dia de hoy *dos de Mayo* de aquel año memorable de 1808, cuando ya el pueblo de Madrid se hallaba sobresaltado y justamente receloso de los planes de Napoleon, y de la conducta de su cuñado Murat, general de sus tropas y principal agente de sus intrigas en la Corte. No pudo en efecto este pueblo leal mirar con indiferencia que arrancasen de su seno al último vástago de la Real Familia; y agrupado, aunque inerme, á las inmediaciones del palacio, exhalaba su pena en dolientes ayes, y aparentaba oponerse á la salida de tan caros objetos: de lo cual informado el orgulloso caudillo, lejos de emplear, para vencer el obstáculo, el suave medio de la persuasión, que aunque engañosa y falaz tendria por lo menos en aquella coyuntura el carácter de menos impolítica, envió fuerza armada que osó disparar sobre la multitud, y que hiriendo y matando á muchos la logró dispersar completamente.

Corrióse entonces el velo que cubria la perfidia, y entre la engañosa oliva asomó su punta el puñal de la traicion. Estremecióse de indignacion el pueblo..... ¿Y qué pecho, por envilecido que fuese, podria ver indiferente, con estólida frialdad, una demostracion tan inesperada, tan sangrienta? Eran españoles los atropellados, y aunque habian sufrido resignados hasta entonces, no bien cundió el suceso por todos los ángulos de la Capital, cuando con la rapidez de una exhalacion eléctrica se inflamó el noble coraje castellano, y en brevisimos instantes aparecieron por calles y plazas mal armados, pero llenos de fuego y decision, centenares de patriotas, centenares de esos robustos hijos del pueblo, que no enervados como los cortesanos por el veneno de la molicie y corrupcion, cual fieros leones embistieron resueltos á cuanta fuerza armada encontraron enemiga. Nada les arredró; ni su imponente número, ni el brillo radiante de sus armas aterradoras, ni los aparatos de cien bocas de fuego vueltas contra un pueblo inerme, ni la imbecilidad del Gobierno y timidez de las autoridades, ni la apostasia en fin de muchos que servian en silencio contra sus hermanos la causa del tirano. Escopetas viejas y mohosas, y espadas cubiertas de orin, manejadas y blandidas por el fuerte brazo de españoles justamente irritados, hicieron riza y pusieron en el mayor conflicto á las huestes aguerridas que habian hecho temblar á las naciones del continente; siendo al mismo tiempo tan generosos, tan nobles, tan españoles, en fin, que se contentaron con solo aprisionar á los que se rindieran ó se encontraran sin armas. ¡Ah! si hubieran sido auxiliados aquellos héroes! ¡Ah! si hubiera tenido España gobierno en aquel dia!..... Me atrevo á decir, y creo no sea exagera-

cion, que en ese dia se hubieran eclipsado las glorias del Capitan del siglo, y marchitado los ensangrentados laureles que adornaron su frente hasta entonces siempre vencedora. Pero ¡oh fatalidad! nuestros soldados permanecian encerrados en los cuarteles de órden de las autoridades, que tímidas é irresolutas, ó desconociendo aun la alevosía de los extranjeros, tuvieron quizá por arrojo punible é inoportuno el movimiento popular. Mas Dios, cuya divina justicia reprueba la servidumbre de los hombres, á quienes crió libres é iguales, y condena como sacrilega la opresion impuesta á los pueblos por los tiranos y los usurpadores, infundió desde el Cielo sobre humano aliento á dos guerreros, á dos héroes destinados por su suprema voluntad para despertar al Leon de España de su vergonzoso letargo.

Los inmortales **DAOIZ Y VELARDE**, en cuyos pechos se conservaba inextinguible la llama del patriotismo, y algunos pocos soldados que se hallaban libres, fueron los primeros que tomaron parte en la heroica decision del pueblo contra las huestes del extranjero invasor. Estos imperterritos guerreros conocen la necesidad de dar impulso y direccion al denuedo de los Madrileños: no se les ocultan los peligros, y aun lo desventajoso de la lid que acaba de empeñarse: *mas ¿qué importa la muerte si con nuestras vidas salvamos la patria?* Dijeron; y asi fue: el mas obstinado combate se traba entre el pueblo y los vencedores en Marengo y Austerlitz: cada casa, cada esquina, cada individuo son otros tantos baluartes y otros tantos testimonios de la impotente obstinacion de los soldados del *Corso*. El rayo exterminador de la guerra lanzado por *Daoiz y Velarde* diezma los batallones enemigos: mil y mil ras-

gos de inaudito valor, de heróicos esfuerzos se multiplican por los valientes Madrileños en todos los puntos de la Capital: el tirano, demudado el color, tiembla ya por la pérdida de sus legiones, y tratando de poner á todo trance término al derramamiento de sangre, como no pudiera conseguir con las armas el triunfo, acude á la traicion. Sucumben al fin los héroes del *dos de Mayo* despues de reanimar en el pueblo el fuego sagrado del amor á la Patria que abrasaba sus pechos españoles; mas no sin haber vendido caras sus vidas; y al caer traspasados de mil y mil heridas se exhaló de sus moribundos labios el grito heróico de *venganza, independencia, libertad*. Estos últimos acentos de *Daoiz* y *Velarde*, exhalados al pie del cañon, fueron recogidos como un rico legado, como el don mas precioso que dejaban al morir dos héroes de la España de 1808. Sus nombres vivirán eternamente grabados no en mármoles y bronces, que son materias percederas, mas si en el corazon de todos los hombres generosos, en la memoria de todos los pueblos libres, y pasarán de padres á hijos tan radiantes como el astro de la luz á las mas remotas generaciones. En esas urnas gritan aun sus frias cenizas *venganza, libertad, independencia*. Yo siento resonar el eco en mi corazon; yo veo alterarse vuestros rostros al vehemente impulso interior del propio sentimiento.... Sí, Víctimas heróicas; sí, Mártires de la independencia nacional. Mi labio balbuciente os saluda, os bendice desde este sagrado sitio, y os tributa á nombre de la agradecida España el homenaje de admiracion y respeto á que tan acreedores os hicisteis. Recibid los justos y sinceros testimonios de nuestra gratitud.....

Muchos honrados vecinos mezclaron tambien su san-

gre con la de estos militares valientes; pero fué sin comparacion mucho mayor el número de los enemigos que sucumbieron, y muy pocos, ninguno acaso hubiera quedado libre ó vivo, si el pueblo madrileño, sumiso y dócil al par que intrépido y valiente, no enfrenara la ira y el enojo á la voz de sus autoridades, que de acuerdo con el agresor y acompañadas de uno de sus generales, salieron por las calles á contener y aplacar á la multitud, ofreciendo perdon y olvido de todo lo pasado, como si hubiera sido un crimen la defensa propia y el justo reparo de los ultrajes hechos á la Nacion entera en las personas de sus Reyes y en los pacíficos moradores de la Capital. Virtuoso deber es la obediencia á las legítimas potestades; pero cuánto suele abusar la ignorancia ó la malicia de este venerable precepto religioso y político, para fascinar á los pueblos, y hacerles besar el hierro que les encadena y el yugo que les oprime. No eran por cierto legítimas, no, aquellas autoridades que tan mal representaban la opinion pública, y que supeditadas por el extranjero ni obraban con libertad y poder legal, ni recibian otro impulso, que el que les daba la suprema voluntad del que tenia en sus armas la última razon de sus argumentos. Justo, pues, y heróico por lo arriesgado fue entonces el alzamiento popular, y lo será siempre, aunque doloroso por alguno de sus efectos, cuando á falta de gobierno protector no queda otro recurso para rechazar la tiranía. Cedió sin embargo este pueblo magnánimo, sacrificando su noble coraje y su leal entusiasmo en las aras de la sumision y del respeto á las autoridades, que por entonces no podía calificar. Dejaron todos las armas y el campo á sus contrarios, entregándose confiados á sus ordinarias ocupaciones; pero esta docilidad, que hubiera sin

duda excitado la benevolencia de un enemigo generoso, no sirvió en el ánimo villano de Murat sino de ocasion oportuna para saciar á mansalva su venganza. Inundó de patrullas las calles todas de la capital, cuando ya no habia obstáculo que se lo estorbara, cuando la tranquilidad se hallaba ya enteramente restablecida, cuando el pueblo devoraba en lo interior de sus casas su justa indignacion, y dió orden de prender á cuantos se encontrasen con armas, reputándose tales las tijeras de un sastre, el cortaplumas de un escribiente, el escoplo de un tallista, los mas ligeros instrumentos de uso comun en unos, y de su oficio en otros, para dar un pretexto al horrendo sacrificio que se habia premeditado. Centenares de ciudadanos inermes y pacíficos fueron de este modo indigna y cobardemente arrastrados á los calabozos, y conducidos poco despues á la muerte, sin saber que la iban á sufrir hasta el momento mismo de silvar la metralla y el plomo hácia sus inocentes cabezas, cuyas sienes coronó el cielo con las palmas inmarcesibles del martirio. ¡Y cuántos fueron enterrados todavia palpitantes para dar lugar al nuevo tropel de víctimas que se acercaban sin saberlo al lugar del sacrificio! ¡Cuántas personas respetables, cuántos ancianos y jóvenes y hasta sacerdotes fueron en este dia de horror inhumanamente inmolados!

En tan atroces y sangrientos hechos ocuparon las tropas del asesino parte de la tarde del 2 y toda la noche siguiente. ¡O noche lúgubre! ¡O noche fatal! en que la tierna esposa aguardaba inútilmente al esposo querido, y la cariñosa madre á sus virtuosos hijos, que pocas horas antes dejaran el lugar doméstico, y tuvieran la desgracia de dar en las manos de los pérfidos asesinos..... ¿Quién, que

sienta correr por sus venas sangre española, no se inflama al recordar suceso tan horroroso y cometido con tanta alevosía, con perfidia mas que cartaginesa?

Reinó todo este tiempo en la Capital el mas pavoroso silencio, interrumpido tan solo de vez en cuando por los ayes lastimeros de las desgraciadas víctimas, ó por el estampido del cañon, que á lo lejos se oia y resonaba en el Prado, en el Retiro, en la montaña del Príncipe Pio, y mas que todo en el corazon de las esposas y madres españolas. Despues de 32 años todavia se erizan los cabellos, y el corazon se contrae de horror y sobresalto al recordar las trágicas escenas de aquellos dias. ¡Cuántas personas hay entre las que me escuchan que presenciaron tan horrorosa catástrofe! ¡Cuántas que por milagro se librarian de ella! ¡Y cuántas tambien habrá que todavia lamentan la pérdida en aquel aciago dia del padre, del esposo, del hermano y del amigo! Almas sensibles que os hallais en este caso, huérfanos desgraciados, viudas afligidas, justo es y muy natural que en este solemne aniversario rindais á vuestros caros objetos el tributo de algunas lágrimas; pero sirvaos de consuelo, y sea un lenitivo á vuestro dolor el ver que la España toda en este sublime acto de piedad y religion participa de vuestra ternura, y honra suntuosamente la memoria de aquellos ilustres mártires. Aun diré mas: envaneceos, llenaos de noble orgullo al contemplar que la sangre de *Daoiz* y *Velarde* y demas Españoles vertidas por las tropas usurpadoras el *dos de Mayo* produjo aquel semillero de héroes en frutos admirables de valor, que fueron el asombro de la Europa y el terror de las falanges del tirano. Aquella sangre selló la heróica revolucion del pueblo hispano; uniformó la opinion de todas las provin-

cias, aterrorizó las águilas imperiales, y cubrió de oprobio y confusion á los invasores en Bailen, Zaragoza, Gerona, Talavera. Aquella sangre fue la que fecundando el germen de la libertad que inerte yaciera sepultado en los campos de Villalar, la hizo brotar y excitó el general deseo de disfrutarla, y la noble decision de sostenerla á pesar de las asechanzas y maquinaciones de propios y extraños enemigos; y el vehemente deseo de vengar aquella sangre cubrió á España de gloria; hizola invencible á las desgracias, insuperable en los combates, inconquistable á todo el poder de la Francia; y la convirtió por último en el brazo que derribó al usurpador sobre el peñon de Santa Elena, y redimió á la Europa de la esclavitud con que la amenazaba. ¿Pero adóndemi acalorada imaginacion me arrastra?...

Neciamente el atroz caudillo se vanagloriara en aquellos dias de haber con su crueldad humillado la fiereza castellana: al contrario, no hizo mas que despertarla, produciendo el armamento general, infundiendo en todos los españoles el deseo de recobrar su independenciam, lanzando con escarmiento de su suelo al usurpador, y afianzando con leyes justas, dictadas por sí mismos, los derechos legitimos de que jamas deben desentenderse los pueblos si apetece su dicha. ¡Ojalá que todos conocieran y respetaran este sagrado patrimonio de la humanidad, para que asi vivieran enlazados con los vínculos de la caridad y de la justicia! Pero habiendo, como hay por desgracia, muchos que desconocen estas virtudes, necesitan los que las poseen estar siempre avisados contra las ominosas pretensiones de los egoistas y ambiciosos, y no permitir que el pueblo con mengua de su dignidad sea defraudado en lo mas mínimo del soberano poder que le pertenece.

Por lamentables descuidos y errores de esta naturaleza perdió España otra y otra vez aquel poder y aquella libertad, para cuyo recobro habian dado el primer impulso esas ilustres víctimas, y se vió por seis y por diez años presa nuevamente del despotismo; siendo muy de notar que para el último despojo concurrió con cien mil bayonetas esa misma nacion, que en 1808 vino á derribar, segun decia, los altares de la supersticion y fanatismo. ¡Singular y funesta contradiccion! A su sombra en 1823 las soeces turbas acaudilladas por los mal llamados defensores del Altar y del Trono arrastraran al cadalso á los hombres mas beneméritos, á los héroes de la guerra de la Independencia, á los imitadores de *Daoiz* y *Velarde*, que nunca se prostityeron al oro extranjero ni apostataron de sus juramentos y principios.

¡Desgraciada España!..... siempre juguete, siempre víctima, y en tutela siempre de advenedizos y extraños!.....

Pero el gérmen de la libertad, regado con la sangre del *dos de Mayo*, habia echado profundas raices, y á pesar de las nuevas víctimas, y de los esfuerzos que hizo el despotismo en los 16 años para sofocarle, creció y se robusteció su tronco, brotó su ramage, y á su sombra una muger celestial rompió con sus propias manos las cadenas que aun oprimian al pueblo español.

¡Oh españoles! confesemos y publiquemos para los venideros siglos, que la misericordia del Señor que nos asistió en la época memorable de 1808, ha sido siempre propicia á España. Porque si al impulso de la violencia y de la usurpacion vimos entonces talados los campos, destruidos los hogares, incendiados los pueblos y profanados los tálamos y altares, el Dios protector de la Iberia, ese Dios

benéfico y misericordioso que la librara en otro tiempo de la opresion y servidumbre de los sarracenos ; que la hizo descubrir un nuevo mundo para que nunca faltase el sol en sus dominios , y que la protegiera siempre en los dias de su mayor conflicto ; ese mismo Dios , ofendido de tanta insolencia y atrevimiento , derribó de un soplo los proyectos del colosal tirano , y dió á la España completa victoria sobre todos sus enemigos. Loor á tí, Dios de bondad ; á ti la gloria y la bendición por todos nuestros triunfos. Y vosotros, ilustres Víctimas , que coronados con las palmas del martirio volasteis al cielo , donde habitais ahora entre rayos de gloria junto al solio de la divinidad , interponed con el Altísimo vuestros fervientes votos por la prosperidad y ventura de aquella patria , por la que vertisteis generosamente vuestra sangre. Pedidle que termine de una vez nuestras fatales discordias , para que viéndonos unidos y hermanados como una sola familia , se hunda en el abismo el mónstruo de la guerra que há siete años desgarrá el seno de la madre España : ni os olvideis tampoco en vuestras súplicas de esa Milicia ciudadana que es el mas firme baluarte contra la tiranía , ni de vuestros compañeros de glorias y fatigas , y del *ilustre caudillo* que dirige las armas de la libertad de la patria. Impetrad en su favor las bendiciones del Dios de los ejércitos para que lleve á cabo la pacificacion general de los españoles , ya que á ella dió principio tan feliz como gloriosamente en los campos de Vergara sin derramar apenas lágrima alguna , sin menoscabo y lesion de las instituciones fundamentales y sin la mas mínima intervencion de influencias extranjeras.

Entre tanto, corramos nosotros á dar una prueba de

nuestra gratitud á esas ilustres Víctimas, cubriendo de flores la gloriosa tumba, que guarda sus preciosos restos mortales. Y arrebatados en patriótico entusiasmo juremos al pie del monumento, y á imitación de los héroes del *Dos de Mayo de 1808*, antes derramar la última gota de nuestra sangre, que consentir con menoscabo de la independencia nacional la degradacion de nuestra Patria. Derramemos tambien alguna lágrima de amor sobre sus santas cenizas, y hagamos al Altísimo los mas fervientes votos por que sus almas heróicas en paz descansen.

ASI SEA.



87.34